

ceso de redacción del *Cautiverio feliz*, y permite mejorar la interpretación de ese libro tan complejo”. Lo conforman una descripción geográfica de Chile, absolutamente desconocida hasta ahora, el capítulo primero del *Cautiverio* ya conocido, que de hecho completa el texto reproducido por Medina; sigue un resumen del *Cautiverio feliz* con el nombre de “Recopilación” y un “Tratado” que pretende explicar las causas de la prolongada guerra en Araucanía.

Queda en claro que Pineda y Bascuñán hizo girar su vida en torno a su prisión juvenil sobre la cual escribió y reescribió incansablemente. La diversidad de estados de ánimo que a través de los años explícitamente fue teniendo permite comprender la diversidad de puntos de vista con que mira a los araucanos y a los españoles. A unos y a otros los alaba pero también los vitupera. Sin llegar a la posición de Las Casas, dice de los peninsulares cosas tremendas y, en el fondo, echa la culpa a su codicia y a sus injusticias de la continuación de la guerra. Pero no calla la crueldad, las borracheras o la lujuria de los aborígenes.

Debo celebrar este notable hallazgo bibliográfico de Robert McNeil y agradecer el “Estudio Preliminar” tan serio, objetivo, riguroso de José Anadón, así como los apéndices, muy interesantes para los problemas de la guerra justa en Chile en relación con el jesuita Luis de Valdivia y el padre de Pineda y Bascuñán: son hallazgos de Anadón en Sevilla.

Ahora sí que estamos en condiciones de estudiar adecuadamente la vida y la obra de Pineda y Bascuñán, figura continuamente mencionada en obras históricas y también en las antologías de la literatura hispanoamericana. Ya era tiempo de que este personaje, cuyas dimensiones exceden a Chile y tocan en varios aspectos al Perú, mereciera la atención debida.

Hugo Montes

*Universidad Católica de Chile, Santiago*

GARCILASO DE LA VEGA, Inca, *Comentarios reales de los Incas*; prólogo de Aurelio Miró Quesada S.; biobibliografía de Alberto Tauro; edición al cuidado de César Pacheco Vélez. Biblioteca Clásicos del Perú, Banco de Crédito del Perú [Ediciones del Centenario], Lima 1985; LV + 151 págs., láms.

Numerosas son las ediciones de los *Comentarios reales de los Incas*. Esta, que corresponde a la primera parte de la obra cumbre del Inca Garcilaso de la Vega, es producto de la feliz iniciativa del

Banco de Crédito del Perú, que celebra su centenario institucional con actividades culturales que incluyen la edición de las más importantes obras peruanas. Además, debe destacarse que por convenio firmado con el Ministerio de Educación, parte de la edición sale bajo el amparo de la Biblioteca Peruana, y está destinada a su distribución en centros superiores y secundarios de enseñanza. Ello es, de por sí, una importante contribución.

Publicada inicialmente en Lisboa en 1609, la primera parte de los *Comentarios reales de los Incas* ha tenido múltiples ediciones y ha sido traducida a diversos idiomas; las traducciones se inauguraron en 1625 —menos de diez años después de la edición original— con un resumen incluido en una conocida antología editada en Londres por Samuel Purchas, célebre compilador de relatos sobre viajes y seguidor de Richard Hakluyt. La publicación de Purchas tuvo como título *Hakluytus Posthumous or Purchas his Pilgrimes*. Pocos años más tarde se imprimiría los *Comentarios* en francés, traducidos por Jean Baudoin (1633), en versión muchas veces reimpresa y cien años después discutida por otro traductor también francés. En el siglo XVIII se publicó en alemán y más modernamente en otros idiomas.

Sólo en 1723 fue reimpresa en español la primera parte de los *Comentarios* en Madrid, esta vez por Andrés González de Barcia, quien empleó el seudónimo de Gabriel de Cárdenas. Barcia fue célebre editor de otros cronistas americanos (Gregorio García, por ejemplo) y continuador de la obra bibliográfica de Antonio de León Pinelo, Cuyo *Epítome de la Bibliotheca Oriental y Occidental* anotó ampliamente, reimprimiéndola. En el prólogo de su edición de los *Comentarios*, Barcia hizo notar una profecía que había sido incluida por Sir Walter Raleigh en su *Discovery of Guiana* donde se hablaba del retorno de los incas a su trono con posible ayuda inglesa. Esta segunda edición española parece haber circulado profusamente en el Perú, incluso entre la población andina, y hay prueba documentada de que José Gabriel Tupa Amaro la adquirió (Cf. *Histórica*, IV, 2, Dic. 1980); no extraña que ello, añadida la imagen de un idílico pasado incaico que ofrecía Garcilaso de la Vega, incitara a la administración colonial a prohibir la circulación de la obra en el virreinato del Perú y, en consecuencia, mandara recoger los ejemplares circulantes.

La presente edición refiere al texto de la príncipe lisboeta, siguiendo las correcciones de la edición de Angel Rosenblat. Una nota de César Pacheco Vélez indica estos criterios, y añade comentarios que lo llevan a considerar a Garcilaso como un escritor manierista, participante “de la exaltación épica y de la idealización neoplatónica del renacimiento europeo y peninsular; pero también sufre el *pathos*

del tránsito al barroco”. Engloba así al Inca en un contexto que incluiría al Greco y a Cervantes, también en torno al aislamiento y al desarraigo. Añade dos correcciones sugeridas por Miró Quesada, una de las cuales merece un comentario especial (aunque no llegó a ser incorporada en el texto). Se trata de la sugerencia (p. LI) de modificar la frase “De Nanasca sacó el Inca indios Incas” (correspondiente a la p. 124); el argumento propuesto para la modificación es que la frase podría inducir a error, sugiriéndose que la versión correcta sería: “De Nanasca sacó el Inca indios”. Creo que puede proporcionarse otra alternativa. Garcilaso, como otros autores, distingue como *Inca* a un grupo social vinculado con las *panaqa* cuzqueñas y no sólo denomina así al gobernante. Es muy probable que cuando Garcilaso escribe “indios Incas”, se esté refiriendo a aquellos pobladores de Nasca emparentados con alguna *panaqa* cuzqueña, como es el caso originado por los frecuentes matrimonios simbólicos entre un *Inka* y mujeres de diversos grupos étnicos. Dichos enlaces estaban destinados, a mi juicio, a proporcionar al gobernante parientes que pudieran ingresar en regímenes específicos de reciprocidad y redistribución y podían, en consecuencia, ser empleados por el *Inka* en determinadas funciones.

Se encuentra enriquecida la nueva edición de Garcilaso por el prólogo de Aurelio Miró Quesada —uno de los mayores especialistas en la obra del Inca historiador—, quien introduce elegantemente al lector en la vida del insigne cuzqueño, llevándolo a la comprensión del hombre Garcilaso y de su situación a caballo entre dos mundos, precisando tópicos de la obra y analizando aspectos diversos que explican el proceso de su elaboración. La nota de César Pacheco Vélez abunda en comentarios específicos, ya mencionados. La nutrida bibliografía preparada por Alberto Tauro no se limita a las ediciones de los *Comentarios*, sino que abarca la obra entera del Inca, dando puntual información sobre los estudios a ella dedicados. Los índices benefician la edición, aunque en ellos se deslizan errores; para indicar los más importantes: se registra como entrada “Ariosto, Orlando de” (p. 489; se refiere por cierto a la obra de Ludovico Ariosto); “Gonzalo, Silvestre” (la entrada correcta sería por *Silvestre*); el licenciado Juan Polo de Ondegardo aparece con entrada duplicada, y no se ha caído en la cuenta de que el propio Garcilaso señala que *Chuquiuitu* es a su juicio el nombre correcto de *Chucuito* (p. 96), lo que ameritaría entrada anotada.

La edición está bien presentada destacando la calidad del papel y la impresión que garantizan durabilidad a la misma; inclúyense además láminas que reproducen portadas de las ediciones originales, de traducciones y de las páginas anotadas por el propio Garcilaso en

su ejemplar de la *Historia de las Indias* de Gómara, y que hoy se conserva en la Biblioteca Nacional del Perú.

La Biblioteca Clásicos del Perú se inaugura así con una obra de importancia indiscutible y de necesidad nacional, ya que se encuentran agotadas otras ediciones de la obra de Garcilaso, como las anteriormente preparadas por Aurelio Miró Quesada (1959) y por José Durand (1959-60). El lector peruano requería de una edición como ésta, completa y de excelente presentación. Debe destacarse finalmente, el esfuerzo editorial que significa la colección que este volumen inaugura. Entrarán en ella, como se anuncia, muchos autores que el investigador y el lector precisan y cuya consulta es actualmente difícil por la carencia de ediciones modernas, completas o cuidadas. Por ello, al saludar la reimpresión de los *Comentarios* del Inca, clásico peruano por derecho propio y principal, debe agradecerse al Banco de Crédito del Perú la puesta en marcha de esta colección, la más hermosa forma como una institución peruana puede celebrar sus cien años de vida y servicio.

Franklin Pease G. Y.